las tiernas víctimas, encerraban sus cuerpecitos en una especie de ataud ó cofre de piedra, y eran conservados á guisa de reliquias. Cuando las milpas y demas siembras de la estacion llegaban á cierta altura, recibia Tlaloc nuevas aunque menos preciosas ofrendas: los señores mas ricos se cotizaban para comprar cuatro niños de mas edad que los primeros; este segundo sacrificio era mas horrible que el anterior; encerraban á las víctimas en una gruta donde, sin luz ni alimentos, quedaban entregadas al hambre y á la desesperacion del miedo.

"Tlaloc tenia en todo el Anáhuac gran número de santuarios, y los sacrificios variaban segun las localidades. Uno de los mas célebres era el que se efectuaba en el monte de Tlacotepec, formado por una de las cumbres del volcan de Toluca. Su cráter de bordes pintorescos, coronados de sombríos bosques de pinos, contiene dos lagos de agua pura y cristalina, á considerable altura del valle de México; las aguas, sin fondo, son tan frias que ningun pez puede vivir en ellas, y no tienen curso ni salida. En el sitio donde se encuentra el actual pueblo de Calimaya, se alzaba sobre la roca que domina la superficie del lago, un soberbio templo á que la devocion á Tlaloc atraia diariamente gran número de adoradores. La mayor concurrencia era por el mes de Atlacualo, décimo octavo del año tolteca, y que correspondia á nuestro Febrero. En palanquines ricamente



adornados, se conducia allí á los niños que debian ser ofrecidos al dios de las nubes y de las borrascas; ponianles para ello flores y plumas brillantes, vestianles sus mas ricos trages, y en seguida los precipitaban en el abismo."

## XIV.

*Primera época del reinado de Tecpancáltzin.—Leyenda de Xóchitl.*

Se ha dicho ya cómo, á la muerte de Mitl ó Nauhyotl, movidos los toltecas de las eminentes cualidades de Xiuhtlatzin, viuda de aquel monarca, elijiéronla reina, quebrantando asi las leyes promulgadas al establecer el trono, y que habian sido ya infringidas con la prolongacion de Mitl en el mando, pues reinó mas de los cincuenta y dos años prescritos. Xiuhtlatzin sobrevivió á su esposo cuatro años solamente, y Tecpancáltzin, hijo de entrambos, subió al sólio, segun Veytia, al fallecer la reina, siendo jurado por sus vasallos el año de 1039. Algunas relaciones indígenas danle tambien el nombre de Huemac II, y lo juzgan descendiente de la familia real de Colhuacan.

El reinado de Tecpancáltzin tuvo dos épocas ó fases.—En la primera este príncipe por su talento, su espíritu de justicia y demas virtudes, hizo recordar los buenos dias de Mitl y otros predecesores suyos; siguió prosperando considerablemente la monarquía, y

el soberano dedicaba su atencion no solo al órden civil, sino tambien al religioso, en que figuraba como gran sacerdote ó pontífice, á semejanza de todos los reyes de Tula. En la segunda época, entregado Tecpancáltzin á la injusticia y á los vicios, corrompióse el pueblo á ejemplo suyo, y comenzaron los presagios y calamidades que, al fin, dieron al traste con el reino bajo el cetro de Topiltzin.

La prostitucion de Tecpancáltzin es pintada en algunas relaciones como la obra maléfica de los sectarios de Tetzcatlipoca, interesados en desconceptuar al monarca que, al par que protector, era gran sacerdote del culto de Quetzalcohuatl, y llevó al extremo su rigor para extirpar los sacrificios humanos que aquellos se empeñaban en continuar. Cuéntase que el primer medio de que se valieron para conseguir su objeto, fué el pulque, bebida indígena fermentada, cuyo uso ha sido y es muy comun en el país, y cuyo invento se hace datar de la época de que hablamos. La prueba de esta bebida, condimentada por primera vez en Popoconaltepetl ó la montaña espumosa, fué hecha por los inventores en un festin, repartiendo cuatro tazas de licor á cada uno de los convidados: uno de estos, llamado Cuextecatl, cometió la imprudencia de beber la quinta taza, perdió la razon, desnudóse á la vista de sus compañeros, y para burlar su enojo, tuvo que huir con sus vasallos y fué á establecerse por el rumbo de Pánuco.—Cerciorados ya los ene-



migos del rey de los terribles efectos del pulque, llevároselo varias veces, sin lograr que se les diese entrada en el palacio; al cabo, un dia pudieron llegar á su presencia, y, saludándolo con profundo respeto, descubrieron el vaso y le rogaron que aceptase el presente. Negóse el rey, y ellos insistieron. Tecpancáltzin respondió: "No beberé por cierto; soy débil y esta bebida puede embriagarme ó matarme."—"Probadla solamente con la punta de un dedo—replicaron los tentadores—es un licor divino." Entónces el rey, por complacerlos, mojó sus labios en el vaso; agradóle el licor y tomó un trago. "Quiero beber un poco mas," dijo. Los tentadores, para escanciar de nuevo, pusiéronle por condicion que permitiese el sacrificio de cuatro séres humanos, y sin darle tiempo á que reflexionase, le hicieron beber de seguida cuatro ó seis copas, exclamando entre sí: "Ved cómo ya empieza á hablar de un modo confuso." Una vez embriagado el rey, hizo beber á todos los individuos de su servidumbre, hubo cánticos destemplados y escenas deshonestas, y el austero palacio convirtióse en teatro de escandalosas orgías. Dado el gran sacerdote de Quetzalcohuatl á los placeres, olvidóse de los ejercicios que tenia el deber de practicar en union de los demas ministros del culto. En lo sucesivo—agrega la tradicion—ya no podian decir: "somos santos," pues ya no bajaban á la fuente para bañarse á media noche; habian dejado de ir á sentar-

se sobre espinos, y descuidaban la conservacion del fuego en el templo de la luz.

La relacion mas generalmente admitida del orígen de los extravíos del monarca, es la que vamos á extractar con toda fidelidad, de un discurso sobre historia y antigüedades, inserto en el número 2 del "Registro Trimestre," que una sociedad de literatos publicaba en México por el año de 1832, y cuyo discurso toma en mucha parte de las memorias ó relaciones de Ixtlilxochitl lo relativo al suceso que nos ocupa.

Las ciencias y las artes se hallaban en Tula en su apogeo, y Tecpancáltzin era protector decidido de cuantos á ellas se consagraban. Un noble, llamado Papántzin, dedicado en sus tierras al cultivo del maguey, logró fabricar miel con el jugo de esta planta, y aun alguna pasta semejante á la panocha ó á la azúcar de ínfima clase; (1) dispuso varias conservas de agradable vista y excelente sabor, y, haciéndose acompañar de su esposa y de su única hija, Xóchitl, vino á Tula á presentar este obsequio al rey, quien lo acogió bondadosamente, elogiando la industria del noble, cediéndole en recompensa el señorío de algunos pueblos, y encargándole

(1) En nuestros dias se han hecho muy felices ensayos de la fabricacion de azúcar de maguey, y el Sr. D. Fernando Pontones, hacendado residente en México, exhibió en su casa panes de azúcar refinada, que ni en blancura, ni en consistencia, ni en gusto, eran inferiores á la de caña.



que le enviase nuevos presentes con Xóchitl, á fin de que él no se distrajese de ocupaciones tan útiles al Estado, y tambien para que el monarca viese lo que podia hacer en favor de tan discreta jóven.

Lleno de júbilo y de vanidad por el resultado de su expedicion, volvióse Papántzin á sus tierras, decidido á perfeccionar más y más aquella nueva industria; pero el entusiasmo del rey por las artes no habia sido sincero esta vez: la belleza de Xóchitl causóle impresion profundísima; la jóven, al advertir que era objeto de la admiracion del monarca, se ruborizó dando creces con ello á sus encantos, y Tecpancáltzin, tras breve lucha interior con sus deberes de hombre y de soberano, cedió á los terribles ímpetus de una pasion tan repentina cuanto violenta, poniendo las redes en que cayeron mas tarde con la virginidad de Xóchitl, la dicha de sus padres, el honor del rey, el decoro del trono, la pureza de las costumbres y la paz y la existencia misma del reino.

Hizo Papántzin pocos dias despues nuevas conservas é inventó, ademas, el pulque. Puestos en un azafate los dulces y una garrafa con este licor, blanco como la leche, vino á traerlos á Tula Xóchitl, acompañada de sus criados y de su nodriza Tepenenetl. Con turbado acento arengó al monarca al presentarle el regalo, y sus propias manos le escanciaron el licor que gustó la corte toda, elogiando la riqueza del fruto, la habilidad

del inventor y la beldad sin par de la embajadora. El rey despachó á la nodriza y á los criados á que llevasen á Papántzin la donacion de nuevos feudos y honores, y le dijesen que su hija se quedaba en palacio para ser educada por ilustres señoras, como correspondia á su rango y mérito, y en cumplimiento de las promesas que el mismo Tecpancáltzin habia hecho al poco avisado padre en su primera entrevista.

Nadie osó oponerse á la determinacion del rey, que sumergió á Papántzin y á su esposa en un mar de dudas y temores. A poco recibió el noble nuevo recado real, avisándole que su hija seguia sana y contenta; pero que deseaba tener consigo á la nodriza: acompañaba al recado un valiosísimo obsequio de telas, joyas y metales de riquísimo trabajo. Volvió á Tula el ama ó nodriza de Xóchitl, y esa misma noche el rey con gran sigilo hízolas trasladar á un palacio erijido en la cima de un cerro inmediato al pueblecillo de Pálpan. Allí las puso guardia para que ni ellas pudiesen salir, ni persona alguna, excepto el soberano, entrar á la casa ó acercarse siquiera á su rededor. Nueve meses despues, Xóchitl dió á luz un niño á quien se puso por nombre Meconétzin, que significa *fruto del maguey*, aludiendo sin duda á lo que motivó que Tecpancáltzin hubiese conocido á la jóven. Tenia crespo el cabello el infante, y aquí comenzaron á cumplirse las predicciones de Huemántzin.



No omitia, entre tanto, Papántzin diligencia alguna para descubrir el paradero de su hija, de quien el rey se limitaba á decirle que disfrutaba de salud y adelantaba en las labores de su educacion. Supo casualmente que vivia en el palacio de Pálpan, y, decidido á salir de su horrible duda, aunque fuese concitándose el enojo del monarca; advertido, por otra parte, de que á nadie se permitia la entrada en aquel sitio, recurrió al ardid de vestirse de labriego, pintarse y desfigurase el rostro, fingirse cojo é ir vendiendo flores al pueblo inmediato al palacio. Trabó allí conocimiento con uno de los jardineros reales, á quien rogó que le vendiese otras flores; engañado el sirviente por el humilde aspecto de aquel hombre y picando en el cebo de la ganancia, dióle entrada á las huertas, y en ellas, cerca de una fuente, vió Papántzin á su hija que tenia un niño en los brazos. Mientras se alejaba el jardinero en busca de unas flores distantes que solicitaba el comprador, este se acercó y descubrió con su hija, quien puso en su conocimiento el ultraje de que habia sido víctima. Furioso y apesadumbrado el padre, supo, sin embargo, disimular; volvióse á sus tierras á dar aviso á su esposa de cuanto habia sabido, y, confiando en que sus razones y el celo por el decoro del trono y del monarca moverian á este á reparar su falta, determinó presentársele y hablarle sin rodeos.

Hízolo así, echándole en cara su falsía y

el abuso del poder; exigióle que se casara con Xóchitl, y le anunció que, de no obrar de este modo, perderia el buen concepto de que hasta allí habia disfrutado en la opinion de sus pueblos, celosos de la pureza de costumbres fielmente practicada por los antecesores de Tecpancáltzin en el trono, que este manchaba por primera vez con sus vicios. Irritóse y avergonzóse á un tiempo mismo el monarca; respondió que no se casaria con Xóchitl, pero que, deseando satisfacer al noble, le prometia declarar heredero de la corona á Meconétzin, como en efecto lo hizo mas adelante. Dió entrada franca al palacio de Pálpan á los padres de la víctima, quienes, segun algunas relaciones, se conformaron con su deshonra atendido el provecho que les trajo, y, segun otras, murieron de pena en su retiro. Alguna de estas relaciones dice que el rey era casado; que por ello empleó tanta reserva en sus amores con Xóchitl y que, muerta la reina, ocupó su lugar la víctima; otra asegura que ésta era esposa y no hija de Papántzin.

Lo cierto es que, muertos los parientes de Xóchitl sin haber logrado que desistiese de sus culpables relaciones, el rey, que poco podia ya perder en el concepto de sus vasallos una vez hecho público su delito, la trajo á vivir á la corte, corrompiendo á ésta con el ejemplo de su escandaloso amancebamiento.



## XV.

*Segunda época del reinado de Tecpancáltzin.—Una de sus hijas se enamora de un indio macehual.—Casamiento de la princesa.*

El rey de quien nos ocupamos representa en pequeño en la historia de Tula el mismo papel que Salomon en la sagrada: justo y virtuoso en la primera época de su gobierno, entregóse repentinamente á los placeres, que acabaron por extinguir en él la luz de la inteligencia y la rectitud y honradez de que tantas pruebas habia dado. La corrupcion causada por su ejemplo, antes de cundir á las clases altas y bajas del Estado, contaminó á su propia familia, en la que, relajado el freno de la autoridad paterna por los vicios mismos que la manchaban, dióse mucho que hablar al vulgo, figurando entre varios episodios de aquella época la desordenada pasion y el desigual casamiento de una de las princesas.

La tradicion que asienta haber sido Tecpancáltzin casado con Maxio, agrega que una de las hijas de esta reina era objeto de la mas viva ternura de parte del monarca, quien la distinguia de sus hermanas satisfaciendo sus menores caprichos. No fué el menos extravagante el haberse enamorado de un indio macehual ó plebeyo, que, desnudo como todos los de su clase, vendia pimientos verdes en un mercado inmediato al palacio.

La jóven solicitada empeñosa é inútilmente para esposa por los mas nobles señores y por los mismos príncipes de la familia imperial, se paseaba una mañana con sus damas en los terrados del palacio, cuando fijó la vista en Tohueyo, que así se llamaba el vendedor de pimientos, y concibió desde luego hácia él la pasion mas loca y arrebatada, al extremo de caer enferma considerando que la desigualdad de rangos se opondria invenciblemente á la realizacion de sus insensatos deseos. Engañábase en esto, sin embargo, pues habiendo sabido Tecpancáltzin la causa de su enfermedad, mandó pregonar por calles y plazas una gran recompensa á quien presentase al robador de aquel corazon; y aunque Tohueyo, el dia de su conquista, sin sospecharla en lo mas mínimo, concluida su existencia de pimientos se echó el vacío costal á la espalda y tomó el camino de su tierra sin dejar á nadie noticias de su persona y derrotero, hubo de ejecutar nuevo corte de aquel efecto y volvia con su costal hácia el mercado, cuando, con gran susto suyo y satisfaccion de los aprehensores, pusiéronle mano y lo condujeron ante el rey.

Prostérnase el indio al pié del trono y se entabla la siguiente conversacion:—"¿Quién eres y de dónde vienes? pregúntale el rey.—"Soy del campo y vengo á vender pimientos verdes."—"¿Por qué no cubres tu desnudez con un maxtli? (taparabo)."—"Sigo la costumbre de mi tierra, y, ademas, soy pobre."



—Continúa la conversacion en este tono, y de repente el monarca dice al indio: "Has hallado gracia á los ojos de mi hija; está enferma por causa tuya y tú debes volverla su salud." Asústase aquí doblemente Tohueyo, y contesta:—"Castíguenme los dioses y hágame morir vuestra alteza. No soy mas que un infeliz que procura ganar la vida vendiendo pimientos." A una señal de Tecpancáltzin los empleados del palacio se llevan al indio, lo bañan, lo rapan y perfuman, le ponen un maxtli bordado y rica túnica de algodon; le ciñen un collar de oro con turquesas y caracoles, así como tambien ajorcas en los tobillos y muñecas; cálzanle sandálias de oro, y con tal disfraz, que comenzaba á dar á Tohueyo no pocos humos de vanidad y contentamiento, es llevado de nuevo ante el rey y presentado por éste á la princesa en calidad de esposo, celebrándose el mismo dia el casamiento con el boato y esplendor de costumbre en la familia imperial.

Mucho irritó el caso á los desairados pretendientes y á la nobleza en general, que vió en la conducta de Tecpancáltzin una prueba patente de desprecio á los usos y costumbres de la corona. Mas adelante hallarémos que tal irritacion, aumentada por otras causas, produjo un levantamiento de parte de los vasallos, y que el macehual súbitamente convertido en príncipe, no era tan indigno de su cambio de fortuna como parece.

## XVI.

*Educacion de Meconétzin.—Es proclamado por Tecpancáltzin heredero del trono.— Sublevaciones.— Rasgo heróico de Tohueyo.*

Algunos historiadores dicen que el rey y la corte de Tula no hicieron alto en que Meconétzin tuviera crespo y apretado el cabello á semejanza de la raza etiope, ni hallaron analogía entre ésto y los vaticinios hechos por Huemántzin. Veytia, por el contrario, apoyándose en otras autoridades, refiere que luego que nació el bastardo fueron reconocidas en él las señales pronosticadas, lo que causó no escasa pena á su padre; pero que sabiendo éste cuánto logra la buena educacion respecto de correjir los defectos de la naturaleza, creyó poder burlar las amenazas del hado, y se dedicó á ello poniéndole toda clase de maestros. "Logró—añade—sacar un príncipe grande y adornado de excelentes cualidades; pero no pudo estorbar que su mal ejemplo le indujese al error y fuese causa de su ruina, como verémos."

Muertos los parientes de Xóchitl y presentada esta jóven en la córte, donde siguió viviendo al lado del rey, y aun comenzó á tomar parte en el gobierno dándose á notar por su inteligencia, liberalidad y otras buenas prendas, Tecpancáltzin hizo proclamar solemnemente heredero suyo en el trono á Meconétzin, quien tomó desde entonces el nombre de



Topíltzin (justiciero) con que la historia lo designa en lo sucesivo. Ya la nobleza estaba profundamente irritada, segun hemos dicho, con el casamiento de la princesa, y la proclamacion del bastardo vino á poner el sello á su enojo. Los mismos parientes del rey creyeron conculcados sus derechos al trono, y moviendo toda clase de resortes, lograron el levantamiento de multitud de poblaciones acaudilladas por Cohuanacoxy Meyoxotzin, príncipes de Quiahuiztlan, y por Huetzin, que lo era de Xalisco. La revuelta cundió rápidamente, y desde Xalisco por una parte, y por otra desde Xalapa, ciudad perteneciente á la provincia de Quiahuiztlan ó Totonacapan, avanzaron los ejércitos sublevados hasta un punto llamado Coatepec, á pocas leguas de Tula.

Como una de las principales causas del levantamiento, y quizá lo que mas irritaba á la corte, habia sido la exaltacion de Tohueyo al rango de que tan léjos estuvo en su humilde condicion de macehual, creyó Tecpancáltzin que haciéndolo desaparecer se calmaria en mucha parte la guerra, y al efecto, resolvió ponerlo á la vanguardia de las tropas que iban á salir contra los sublevados, dando á los oficiales de mas confianza la órden de inducirlo á situarse á la hora de la batalla en los lugares mas expuestos. Reunió en consejo á los principales nobles, comunicóles su plan y todos ellos lo aprobaron plenamente. Díjose á Tohueyo que esta era

sazon de que se distinguiese por medio de algun hecho heróico, para mostrarse digno de la alta condicion á que lo habia elevado el amor de la princesa. Fué puesto á la cabeza de un cuerpo de ejército, y como por respeto á su rango, diósele una escolta de pages y guardias encargados de abandonarlo á los golpes del enemigo.

Tohueyo, que desde el dia de su matrimonio supo colocarse á la altura de su nueva posicion, descubrió ahora la red que le tendian, y resolvióse á morir ó á confundir de una vez á sus enemigos por medio de su astucia y su arrojo. Con la gente puesta á sus órdenes avanzó hácia Coatepec; los contrarios salieron á su encuentro, y se trabó el combate. En lo mas fuerte de él, Tohueyo, deseando librarse de la importuna presencia de los señores que buscaban ocasion de perderlo, dió un grito y se dejó caer fingiéndose muerto. Corren los nobles á dar razon del suceso y la corte se regocija, en tanto que las tropas de Tula se desbandan en confusion espantosa; pero el astuto macehual, tan luego como desaparecen los nobles, se levanta, se pone á la cabeza de una compañía de soldados escogidos á quienes tenia en el secreto de su estratagema; contiene á los dispersos, hácelos volver á la carga cogiéndo por la espalda al enemigo que se creia triunfante, y obtiene, por último, una de las victorias mas señaladas de que hacen mencion los anales toltecas.



Tras esta victoria, persigue Tohueyo á los rebeldes hasta las mismas provincias de donde salieron; enarbola en ellas el estandarte real, las somete y se pone de nuevo en marcha con su ejército hácia Tula, con no poco espanto del rey y de la nobleza, quienes trataron de desarmar, por medio de los homenages y el esplendor del recibimiento, el enojo de que suponian animado contra ellos al hábil caudillo. Fueron enviados á su encuentro los oficiales de la casa real y los miembros mas distinguidos de las principales familias. Delante del vencedor venian los gefes de la revuelta prisioneros y el botin de guerra. Toda la poblacion salió á recibirlo y lo llevó con armas y banderas al palacio, á cuyo pórtico bajó Tecpancáltzin á abrazar á su yerno, vistiéndole la túnica triunfal y ciñéndole una diadema de plumas de quetzal.

No dice la tradicion qué fué de Tohueyo mas adelante; pero es de creerse que con su arrojo y los altos hechos referidos, impuso silencio para siempre á la envidia y malevolencia de sus contrarios.

## XVII.

*Continuacion del reinado de Tecpancáltzin.—Presagios de ruina.—Leyendas sobre la peste y la vuelta de las aguas.—Tecpancáltzin abdica el cetro en favor de su hijo.*

La paz obtenida con la victoria de Tohueyo, hizo que Tecpancáltzin se creyera afirmado en el sólio y diese rienda suelta á sus ape-

titos, sin que su orgullo é insolencia reconocieran límite alguno.

En medio del explendor de su reanudada prosperidad, comenzó la série de presagios y calamidades que con algunas interrupciones parciales, continuaron hasta la ruina de la monarquía. Tembló repentinamente la tierra, cayendo varios edificios de la capital y el gran puente de piedra echado sobre el rio, en que pereció multitud de gente. Otra noche la montaña de Zacatepec mugió como toro embravecido, y de sus vertientes brotaron piedras y otras materias encendidas que asolaron los campos en contorno. A la luz de este incendio se dejaron ver no pocos espectros de trage ceniciento y ademan amenazador, que parecian agrandarse mas y mas, hasta desvanecerse en el aire.

Reinaba el espanto en Tula y demas poblaciones del valle, y para apaciguar la cólera del cielo, ocurrióse á los sectarios de Tetzcatlipoca ofrecer á esta deidad un sacrificio expiatorio. Obtenida la vénia del rey, acudieron á las prisiones donde estaban los cautivos hechos en una campaña reciente contra Itzocan, sacáronlos y condujéronlos al templo de Yaotzin, y, habiendo echado suertes uno de los sacerdotes para saber cuál seria la primera víctima, resultó designado un adolescente á quien no pintaba todavía el bozo. Puesto sobre la piedra, le abrió el pecho el pontífice con su puñal de obsidiana; mas en vano buscó el corazon para ofrecerlo en el



altar; aquel pecho estaba vacío, y la admiracion del sacrificador cundió en toda la concurrencia; sigue abriendo el cadáver y ve que no tiene entrañas y que las venas mismas carecen de sangre. En este momento el cadáver empieza á exhalar horrible fetidez que hace retroceder á todos los circunstantes. Tratóse de llevarlo á un muladar, pero su peso era tal que no lograron moverlo, y cuantos de él tiraban caian muertos al pié del ara unos tras otros. Apareció allí á la sazon un mágico de edad provecta y venerable aspecto aunque sarcástica sonrisa, y les aconsejó que cantaran un himno; hiciéronlo así y comenzó ya á moverse el cadáver, pero las cuerdas se reventaban á cada instante, y cuantos lo arrastraban sucesivamente caían muertos. Así llegaron hasta la cumbre de la montaña vecina, dejaron allí aquel objeto de horror, y los pocos hombres que volvieron bamboleaban á guisa de ébrios.

Por medio de esta alegoría está representada la peste que asoló á Tula en aquellos dias, y que no debe confundirse con la habida posteriormente bajo el reinado de Topíltzin. El padre de este príncipe, azorado con el caso que referimos, evocó á Tlaloc; mas al presentársele esta divinidad, limitóse á pedirla que le conservase corona y riquezas, é irritado Tlaloc con el egoismo del monarca, resolvió no apartar del pueblo las plagas que lo afligian y que debian redundar mas tarde en perjuicio del mismo rey. El invierno si-

guiente hubo heladas que destruyeron las mieses; faltaron las lluvias en la estacion que las es propia; secáronse los rios y las fuentes; hendiéronse los montes; vino el hambre haciendo perecer poblaciones enteras; los hacinados cadáveres se corrompieron, volvió la peste, y bandas numerosas de malhechores recorrian las aldeas aumentando el horror de tal situacion. Rebelóse el pueblo contra el monarca echándole la culpa de aquellas calamidades; la familia real huyó de Tula y volvió á encerrarse en una fortaleza, donde se vió por espacio de muchos dias asediada de los amotinados que inundaban en sangre las calles, exijiendo de Tecpancáltzin, á quien hicieron comparecer y humillaron, el sacrificio de sus propios hijos en las aras de Tetzcatlipoca.

A tal série de horrores, causados en su mayor parte por el hambre, puso tregua la vuelta de las aguas, que habian faltado durante cuatro ó cinco años. Aquejado del hambre y la sed, un macehual habia descendido al valle donde siglos despues se fundó á México; adelantóse hasta la colina de Chapultepec contemplando el lecho seco y hendido de la laguna. En la expresada colina habia un palacio que solian habitar en el estío los reyes de Tula; el manantial que existió al pié del monte estaba enteramente seco; aproximóse el indio, pareciendo en las miradas que dirigía al cielo quejarse á los dioses de la esterilidad de la tierra; sentóse á la orilla



de la fuente y se quedó dormido. A media noche y cuando las estrellas brillaban con extraordinaria claridad, despertóle un ruido que parecia venir de las entrañas de la colina y que aumentaba mas y mas. A poco un hilo de agua cristalina brotó de la concavidad de la roca; el hilo se convierte en chorro sonante, llénase la fuente y desbórdase al fin el agua, inundando las campiñas inmediatas. El indio, lleno de júbilo, comprende que los dioses han coronado sus votos y que va á cesar el hambre; prostérnase para adorar á Tlaloc, y al levantarse, ve á los tlaloques ó ministros de tal deidad, caminando como sombras por la superficie del agua y cortando cañas tiernas de maíz que nacian á sus piés y con las cuales se alimentaban. Uno de estos espíritus dijo al macehual:—"Corta una y cómetela."—"Con la mejor voluntad, respondió el hambriento, pues hace mucho tiempo que no me doy tal gusto."—"Siéntate y come, tornó á decirle el tlaloque, mientras voy á consultar á nuestro dios." Desapareció bajo el agua, y momentos despues volvió trayendo un haz de milpas que entregó al macehual, ordenándole que lo llevase al rey. Este mismo dia nublóse el cielo, estalló la tempestad y comenzó á llover á mares.

Habiendo cesado las plagas del hambre y la peste y restablecídose la paz en el reino, Tecpancáltzin mejoró de conducta, se dedicó á reprimir las malas costumbres, y, hostigado del cetro, determinó pasarlo á manos de

su hijo Topíltzin. Tal determinacion volvió á irritar los mal apaciguados ánimos; estallaron nuevas rebeliones; en Tula misma, segun varias relaciones históricas, los sectarios de Quetzalcohual depusieron á Tecpancáltzin de la dignidad de pontífice y elijieron á otro sacerdote introduciendo con ello un cisma, que no terminó sino á condicion de que el rey padre sentaria en el trono á su bastardo dándole por asociados á los dos señores principales que alegaban derecho á la corona, y que eran Quauhtli y Maxtlatzin, segun se dice. La jura de Topiltzin, á dar crédito á Veytia, tuvo lugar en 1091, "dándole la obediencia los dichos dos señores Quauhtli y Maxtlatzin, y con ellos todo lo mas principal del reino, excepto los tres régulos de la costa del Sur y sus vasallos, que, aunque fueron convocados, no quisieron concurrir ni dar la obediencia al nuevo monarca; pero viendo que todo el resto de la nacion le habia jurado, se creyó Topiltzin asegurado en el trono; porque los régulos no se atrevieron por entonces á moverse, contentándose con mantenerse independientes y gobernar por sí solos sus Estados, sin subordinacion alguna al rey tolteca, que no tuvo por conveniente por entonces empeñarse en reducirlos á su obediencia."



## XVIII.

*Primeros años del reinado de Topíltzin.—Entrégase este monarca á los placeres.—Siguen cumpliéndose los vaticinios de Huemantzin.— Arrepentimiento del monarca.*

Topíltzin, en los primeros años de su gobierno, se casó con una de las principales señoras de Tula y dió muestras de índole bellísima, concitándose el amor de sus pueblos. Los señores que le estaban asociados en la administracion del reino, humillábanse ante su sabiduría y prevision, y acabaron por no tomar sino muy pequeña parte en los negocios públicos, confesándose inferiores á quien llevaba el cetro con tanto acierto y esplendor. La paz y prosperidad del Estado y la ciega obediencia de todos sus vasallos, influyeron no poco, sin embargo, en que el orgullo se fuese posesionando del corazon del monarca, quien despertando casi repentinamente á los placeres, empezó á entregarse á ellos sin prestar oido á los consejos y reconvenciones de sus padres Tecpancáltzin y Xóchitl, quienes veian con espanto y pesadumbre renacer en el hijo el fuego y la desenvoltura á que debió su orígen, y de que ellos mismos dieron ejemplo á la nacion escandalizada.

El rey, una vez puesto en vía tan funesta, no se detuvo, y la corrupcion, cundiendo en todas las clases, no respetó ni el santuario, de

algunos de cuyos ministros se valió Topíltzin como instrumentos de seduccion para hacer creer á las mugeres que era meritorio ante los dioses ceder á los desordenados deseos del soberano. Las mismas sacerdotizas no fueron respetadas, y el cuadro de la prostitucion habida en Tula en aquella época, no podria ser trazado sin que recordase á nuestros lectores el de la que mostraba Babilonia en los dias inmediatos á su toma por las falanges de Ciro. "En el corto espacio de dos años—dice Veytia—llegó á tanto la corrupcion de costumbres en el reino tolteca, que ya ni el rey se cuidaba de la observancia de las leyes, ni los vasallos atendian mas que á saciar sus brutales apetitos; y turbado todo el órden, precipitándose de delito en delito, eran frecuentes los robos, las muertes y otros abominables crímenes."

En vano Tecpancáltzin y Xóchitl renovaban sus amonestaciones paternales y derramaban ardientes lágrimas ante los desórdenes del rey. No se detuvo este en la pendiente que recorria, sino cuando siniestros presagios vinieron á acibarar sus placeres, consternando á toda aquella degenerada sociedad. Vióse en los aires á considerable altura un milano blanco, cirniéndose sobre Tula con una flecha en las garras, por espacio de varios dias. Un aerolito de extraordinario tamaño, semejante á las piedras de los sacrificios, cayó estrepitosamente á inmediaciones de Chapultepec, que se llamaba entonces Cencalco. Por los mismos dias apareció una vieja de horrible aspecto, que á todas horas andaba de aquí para allá, agitando y ofreciendo en venta una especie de banderolas; cuantos tenian la desgracia de tomarlas eran arrebatados y sacrificados por manos invisibles.—Pero lo que puso colmo al espanto fué lo acaecido poco despues al mismo rey en sus jardines. Divertíase en ellos, cuando vió un animal pequeño con cuernos como de venado; tiróle con cerbatana alguno de los áulicos, y habiendo recogido la presa, reconocieron en ella un conejo. Sobresaltóse el rey, que se acordaba de las predicciones de Huemantzin; mas dominándose, continuó su paseo: en el curso de él, sin embargo, halló un colibrí ó chupamirto, con espolones como de gallo, y entonces, no siendo ya dueño de sí mismo, corrió á encerrarse en su aposento y convocó á todos los sábios de Tula para que examinasen el significado de aquellos presagios.



Convinieron los sábios en que eran los mismos designados por el antiguo astrólogo, como prueba de que se acercaba el fin de la monarquía tolteca; pero que tales predicciones no debian tenerse por infalibles, y que con la reforma de las costumbres y la abundancia y el explendor de nuevos sacrificios, se aplacaria la cólera de los dioses, salvándose el Estado. De aquí data el arrepentimiento de Topíltzin, quien comenzó á dictar leyes para reprimir el vicio, y, alejando de su presencia á los testigos y compañeros de sus desórde-

nes, consagróse al ayuno y la penitencia, derramando lágrimas y exclamando continuamente: "De afliccion y miseria he cargado mi alma." La leyenda conserva un cántico compuesto por Topíltzin, y que tratan de imitar estos versos:

"Mi madre, mi digna madre,
Al verme en la embriaguez,
Con triste acento decia:
"Este mi hijo no es;
Ni al ministro de los dioses
Reconocer puedo en él."
¡Oh principe infortunado!
¡Corred, lágrimas, corred!"

Los sectarios de Quetzalcohuatl, que presenciaban el arrepentimiento de Topíltzin, se llenaron de júbilo, creyendo todavía posible la salvacion del Estado; y la misma leyenda conserva este canto con que procuraban disipar la tristeza del monarca:

"Ha vuelto la deidad entre nosotros
Tal como la adoramos otros dias:
Tras el enojo de su larga ausencia
Llenan, á su presencia,
El corazon piadosas alegrías.
De esmeraldas sembrad el trono santo,
Y el afligido rey enjugue el llanto!"

En ambos cánticos aparece el doble carácter de rey y sumo sacerdote ó representante de Quetzalcohuatl que asumian los soberanos de Tula. Agrega la leyenda que la pendiente del mal es fácil y agradable, así como áspera y enojosa la vuelta al bien; que esta no habria podido efectuarse sino con mucha lentitud en la envilecida condicion en que se hallaban los toltecas; por último, que las reformas á que Topíltzin trató de reducirlos, solamente lograron á escitar contra él las pasiones populares, haciendo germinar la semilla de las nuevas plagas que iban á cundir por el Estado.



## XIX.

*Nuevas calamidades en Tula.—Otras alegorías de la peste.—Rebelion de los colegas de Topíltzin.—Humíllase ante ellos el rey.—Venida del ejército rebelde y ajuste de una tregua.*

El fallo de la ruina de Tula estaba ya pronunciado por el cielo, y el tardío arrepentimiento de Topíltzin no alcanzó á variarlo, como tampoco sus nuevas leyes lograron la reforma de las costumbres toltecas. A poco de la aparicion de los presagios mencionados en nuestro capítulo anterior, grandes calamidades, mayores acaso que las del reinado de Tecpancáltzin, se hicieron sentir en Tula. Inundaciones, sequía, heladas, hambre, peste y guerra se sucedieron casi sin intermision hasta la caida y extinsion de la monarquía mas importante de estas regiones en los tiempos anteriores á los aztecas.

Desencadenáronse, por principio de cuentas, recios huracanes que echaron al suelo las